

escrito a máquina

Meditación de Pascua

La Puerta Tenebrosa



"La mujer, cuando pare, está triste, porque viene su hora; mas cuando ha dado a luz un niño, ya no se acuerda de su apuro, por el gozo de que ha nacido un hombre en el mundo. Pues también ahora vosotros tenéis tristeza; mas otra vez os veré y se gozará vuestro corazón, y ninguno os arrebatará vuestro gozo". — (Juan - 16).

Por segunda vez en menos de un año la Muerte aletea en las cumbres. A más altura es más ancho el ámbito, más grande el número de los que se sobrecogen ante la incógnita del vuelo negro, ese problema de nuestro destino, esa angustia: tenemos que desaparecer —no hay poder, no hay dinero, no hay sabiduría que nos salve— y si es así... ¿a dónde iremos? y ¿de dónde venimos?

Mientras el problema se plantea extramuros del Cristianismo la contestación es sombría. Entre los filósofos de la antigüedad Aristóteles creía que el alma era mortal "en virtud del principio de que todo cuanto es engendrado debe también ser destruido (lo que es realmente un principio del mundo biológico). Los estoicos estimaban que el alma individual tornaba a juntarse con el alma universal. Los pitagóricos juzgaban que el alma era eterna, no engendada ni mortal. Platón sostenía que el alma era mortal por naturaleza, pero inmortal por la acción de la Providencia". El materialismo marxista actual, cerrando una curva que nos devuelve a las más oscuras respuestas de la antigüedad, presupone que el hombre retorna a la nada como persona cuando muere. Para el materialismo marxista sólo cuenta el hombre genérico, la especie. "El individuo pasa, pero la especie no tiene fin. Mi "yo" sobrevive si he contribuido a crear las condiciones del cambio. El revolucionario, revive un poco en todas las revoluciones futuras. Es la historia del Fénix: no es inmortal sino a fuerza de morir". Pero esta solución romántica, esta respuesta especulativa qué valor tiene? La especie, la humanidad en general, es una abstracción. Lo que existe y lo que muere es el hombre en particular. ¿Cómo puede satisfacer mi ansia profunda que cambie o mejore la humanidad FUTURA si "yo" voy a la nada?

El problema de la muerte es el intransferible problema de cada quien como persona. Si este problema del hombre —del hombre concreto: problema de MI destino, de MI vida— lo colocamos en la perspectiva de la Historia Universal nos damos cuenta que toda la historia humana aparece como un gigantesco drama de vida y de muerte: tanto en el tiempo como en el espacio mientras no surge Cristo, reina la muerte. Pero viene Cristo y por su muerte triunfa de la muerte misma: desde ese instante la muerte cambia de sentido. Ya no es más la sombría puerta a la nada o a un mundo de sombras sino el paso hacia la resurrección. Cristo es el primogénito de entre los muertos. Muere por nosotros y con nosotros para que nosotros resucitemos con El. La Encarnación del Verbo tuvo por objeto realizar la unión del Verbo con un cuerpo mortal de modo que en este cuerpo triunfase de la muerte y por esa misma muerte librase al género humano de la corrupción. Cristo es nuestra garantía. La fé en El —que resucitó— transforma el sentido de la muerte. "La vida se muda, no fenece". En la lengua cristiana, realmente, cesa la palabra "muerte". Porque la muerte es un modo de existencia y no el retorno a la nada. Y en Cristo ese modo de existencia es superior al primero. La muerte es el paso a la verdadera Vida. La naturaleza humana teme ese paso. Pero como dice Gregorio Niseno: el niño también llora al salir a luz del claustro maternal.

En realidad, respecto a la muerte, el hombre toma el rábano por las hojas. La vida humana es más una conjugación del verbo morir que del verbo vivir. El estado del hombre viviente es de corrupción biológica. Nos estamos muriendo hasta que morimos. Pero Cristo, a lo que ha venido es a transportarnos —de esa corrupción producida por el pecado— a la incorruptibilidad de la resurrección. En el lenguaje cristiano se dice ingenuamente: "pasó a mejor vida".

Fuera de ese "paso" —cuya garantía es Cristo ("si Cristo no ha resucitado, vana es nuestra fe", dice San Pablo)— todas las ideas sobre la muerte y la muerte misma encienden una llama inapagable de espanto.

El cristiano teme la muerte. Es raro el que sabe sonreír ante la muerte y decir, como San Pablo, que la desea. La misma Teresa de Lisieux —tan heroica— decía gimiendo: "Jamás voy a saber morir!"... Es el gemido de nuestro Rubén:

"Dime que este espantoso horror de la agonía que me obsede, es no más de mi culpa nefanda; que al morir hallaré la luz de un nuevo día, y que entonces oiré mi "Levántate y anda!".

Pero al lado de la turbación física nos que-

-Pasa a la Página 4 N° 1-

1 - VIENE DE LA SEGUNDA PAGINA

da la Esperanza cierta. Al lado del corazón de carne que se estremece ante su destrucción, queda la visión pascual del sepulcro vacío y los lienzos doblados y la voz animosa del ángel que nos dice: ¡Resucitó! El va **DELANTE** de vosotros . . .

PABLO ANTONIO CUADRA